

soñadora lo esperaba allí, desde donde se daba cuenta exacta de las operaciones verificadas en pleno campo de batalla, del que se recogía algunas veces un regular número de muertos y heridos. Todo el día duraba la lucha, y a la llegada de la noche regresaban cansados, fatigados, pero con la fe y la esperanza robustecidas y el corazón henchido de satisfacción; sus ánimos no decaían jamás.

Efraín volvía contento del heroico comportamiento de todos sus soldados; éstos estaban orgullosos de tener un verdadero Jefe que, poniendo el ejemplo, desafiaba primero el peligro. Era el coronel fronterizo el ídolo de aquellos buenos hombres, capaces de sacrificarse en un momento dado, si era necesario a él ese sacrificio.

Así iba pasando el tiempo hasta que el destino los condujo a las orillas del manso Tamesí, donde, como recordarán los que me han seguido en esta historia, hemos visto por primera vez a nuestra soñadora pareja bajo la fresca sombra de los platanos o de los naranjos en flor; allí donde el palo de rosa, al primer impulso del viento, siembra de pequeñas florecillas las tersas y azuladas aguas, donde el pulul y el camalote echan hondas raíces; allí donde los rojos y grandes tulipanes invitan a las aves errantes a contemplar sus ricas corolas cuajadas como de perlas por el rocío matinal. Todo aquello armonizaba

perfectamente para dos almas idealistas como las de Efraín y Marta.

El azul purísimo de aquel cielo tropical retrataba en su fondo sin nubes, las altas copas de los manglares, que no cesaban de mirarlo . . .

La campaña seguía dura; pero los leales ganaban terreno. Con esto los judas huertistas se desmoralizaban y temerosos esperaban el último certero golpe que aplastara para siempre sus inmundas cabezas de chacales. La mancha de la traición ha pasado de generación a generación en todos los países de la tierra. Los pueblos serán terribles en la hora suprema de la justicia, cuando reconozcan y castiguen a los traidores que le han burlado.

La tea revolucionaria iluminaba, pues, de uno al otro confin de la República, escenas de sangre y desolación. Las revoluciones basadas en principios de moralidad y de progreso, son las revoluciones que redimen.

Y mientras los ricos campos de nuestro país teñidos de escarlata, recogían en su seno a aquellos bravos soldados, la historia marcaba en su santo libro los nombres de los extintos que habían caído como los niños héroes del 47, gloriosamente, en defensa del territorio nacional.

La doctrina del Apóstol llevaba el entusiasmo al corazón del patriota. Los discípulos del maestro sublime seguían su heroico ejemplo.

El Señor Madero estaba inmortalizado y venerado como el Dios de los demócratas puros . . . Venustiano Carranza quedaba en pie, amenazador y terrible como el único símbolo de la legalidad . . .

Los cómplices de la traición y de la infamia enmudecieron, no de cólera, sino de espanto, y temblaban ante la seguridad de su derrota. . . .

X.

BIENAVENTURADOS los que pueden decir: "yo tengo padre," porque el que posee a su padre, tiene en su poder el tesoro más grande del mundo. ¡Oh días venturosos de la infancia, en que no nos damos cuenta ni de los placeres ni de los dolores. . . .! Noches plateadas, que habéis escuchado los cuentos de hadas de los niños, benditas séais!

El sol apenas había recorrido la mitad de su carrera. Era un día de fiesta en que se celebraban las glorias nacionales. La familia de Marta se había trasladado a la capital de la República: negocios de familia le habían llevado allí. La ciudad estaba engalanada y a pesar de los muchos adornos que ostentaba, algo se notaba en los semblantes, que no era por cierto el entusiasmo de otros años; parecía que todos aquellos actos cívicos los envolvía un pesado ambiente de infinita tristeza.

En la casa paterna de Marta había duelo. La des-

piadada muerte depositó su beso helado en la frente sin mancha del muy querido Andrés; y la ciencia con su mágico poder, no pudo jamás arrebatarlo de sus garras. El soplo del no ser tronchaba aquella preciosa existencia, que tantos actos buenos había ejecutado. Andrés, desde pequeño, fué visto como un sér superior a los demás; la cólera jamás alteró su rostro y en su alma de niño solo tenían cabida los sentimientos generosos y nobles. Don Andrés era artista por naturaleza, y ¡cuántas veces el mundo lo vió conmoverse al escuchar las quejas de algún desgraciado! ¡Cuántas lágrimas secó y cuántos dolores consoló en su vida! La muerte no descomponía en nada sus facciones; parecía dormir tranquilamente el sueño del justo, en medio de una profusión de coronas que con sus flores perfumaban el ambiente; solo una inmensa lámpara azul iluminó por la noche el cadáver de aquel santo. . . . El cielo parecía que tomaba participación en aquel duelo y gruesas nubes derramaban lúgubrementes su copioso llanto en forma de lluvia. . . . Creo que el recuerdo de los justos puede animarnos en el calvario de la vida. . . .

Los funerales fueron sencillos, como sencilla era su alma. Al pie de su sepulcro recién cavado, se elogiaron sinceramente sus virtudes; alguien que lo conoció bien le habló allí por última vez, a la orilla de la fosa, diciendo "que no era el cadáver de un hom-

bre vulgar, sino el de un filántropo que había hecho bien a la humanidad entera."

La lluvia regaba las palmas y cipreses de aquel silencioso cementerio y su ruido más parecía el gemido melancólico de la naturaleza, que el choque del agua sobre la tierra. . . . Era triste la tarde, y, el aire de la muerte mecía ligeramente las hojas de los árboles que crecían allí en íntimo contacto con los desaparecidos. . . . Los monumentos costosos y las elegantes capillas que guardaban los restos de los potentados, se alzaban arrogantes como mostrando al mundo lo que en su vida fueron, la última ostentación de vanidad en aquella espaciosa necrópolis. La tumba del simpático Andrés, quedaba en un apartado rincón y era una tumba humilde como pocas, pero coronada de rosas frescas, cuyos perfumes unidos al perfume de su alma, embalsamaban todo aquel recinto, santo refugio de los que se han ido para siempre. . . . El acompañamiento se despedía al fin; solo la abnegada esposa y uno de los hijos de Andrés quedaban de rodillas frente al sepulcro cerrado. No sabían qué hacer, parecía que pensaban permanecer siempre junto aquellos restos sagrados para ellos; pero una mano amiga que quizá había sido víctima de dolor intenso como aquél, los aparta de allí, les prodiga palabras de consuelo y ellos, con el alma despedazada, abandonan aquella tumba querida dejando regadas con el llanto amargo

de la desesperación, las flores frescas que le cubrían.....

El hijo mayor de Andrés estaba ausente, no lo había visto morir; era un joven que seguiría indudablemente el camino marcado por su padre. Se había educado en su escuela y su corazón estaba formado por él, hecho solo para las buenas obras. Marta, ausente también, no había recibido el último beso del autor de su existencia.....

La lluvia continuaba, la tarde se moría..... era uno de esos crepúsculos pálidos que presagian tristezas y llantos.... Las hojas secas que el viento llevaba no sé a donde, susurraban algo así como un cántico fúnebre.

La noche, negra, muy negra, como el último pesar que sufrieron los que ya no existen, se extiende sobre la tierra; su manto cubría piadosamente la mansión sombría de los muertos.....

XI.

DESPUÉS de un reñido combate, Marta en medio de los heridos y de los muertos, sentía la nostalgia del hogar lejano.... En aquellos momentos un pensamiento cruzaba por su mente.... Qué nube traería la tormenta a su alma, hasta entonces intranquila? Efraín, fatigado, sin haber comido en todo el día, porque era imposible abandonar las posiciones quitadas al enemigo, hasta que llegara gente que los relevara; y a pesar del nuevo triunfo sobre los traidores huertistas, un gesto de disgusto se notaba desde luego en aquel semblante un poco maltratado por la acción de la intemperie. ¿Qué había pasado? Un telegrama en el que se le avisaba la reciente muerte de Andrés, motivaba su pena. ¿Cómo revelárselo a su Marta que le hiciera sufrir menos? Pero ella lo vió tan taciturno y tan callado, que dijo:

—Efraín, debes tener mucho que decirme, tanto, que callas porque piensas cómo será el principio y cuál el fin.....

El soñador se lo dijo todo . . . y Marta, deshecha en llanto, permaneció mucho rato con el rostro oculto entre sus manos. Su pesar era inmenso, como el cariño que perdía El valiente coronel de pie, frente a ella, no se movía, estaba conmovido Los ayes de los heridos se confundían con los sollozos de la poetiza huérfana . . . Un pintor, si hubiera sorprendido tal escena, pensaría quizá en el cuadro del dolor.

Desde ese día la simpática escritora se volvió taciturna y grave; no se escuchó más su risa sonora y juvenil, y su voz no volvió a entonar ninguna de aquellas canciones que al lado de su padre le parecían hermosas. No hablaba a nadie sino a Efraín que comprendía su pena. En sus escritos solo hubo entonces lágrimas envueltas en palabras amargas y llenas de melancolía Sus dedos no cerraron los ojos bondadosos que la vieron tanto "Yo no podré vivir mucho tiempo más—se decía—mi padre santo solo me lleva la delantera."

Marta solía entonces dialogar consigo misma, escribiendo y leyendo poco. Unos versos aparecieron en uno de los periódicos revolucionarios, versos que con inmensa ternura y respeto dedicaba a su padre, y que decían así:

¿Por qué tus labios ya no me nombran?
¿Por qué no vienes cerca de mí?

¡Hay tantas penas, que no me asombran,
Pero ¡ay!, mi padre, ya no te ví . . .
¡Qué triste, padre, sin tu cariño!
Voy por mi ruta sin luz ni fe . . .
¿Por qué tu alma, blanca, de armiño
Me ha abandonado, dime, por qué? . . .
Yo ya no pude cerrar tus ojos,
Tu último beso no recibí . . .
Mas mira, en mi alma puesta de hinojos,
Hay muchas flores, son para tí.
Si en tu sepulcro reina la calma,
La calma propia de ese lugar,
Recibe ¡oh padre! flores de mi alma . . .
¿Qué más te puedo yo dedicar?
Yo que en la vida con mis dolores
Vago al acaso sin ruta fija,
Solo ofrendarte puedo esas flores,
Flores del alma, flores de tu hija . . . !

LA Patria se salvaría; sus valientes defensores no cesaban un instante en su gloriosa obra de redimir al pária. Los sueños del miserable reyezuelo, ya vacilaban; el pueblo honrado le volvía la espalda como avergonzado de haber soportado aquel ultraje a sus derechos. Sobre las ruinas sagradas de la constitución del 57, no pasaría otro tirano, antes de que los mexicanos no derramaran la última gota de su sangre. En el campo de la lucha, en el campo del honor, los héroes mártires perderían la vida; en cambio, el patíbulo esperaba a los traidores y la justicia constitucionalista los conduciría a él. El Señor Madero había señalado la senda; Venustiano Carranza iba por ella. El estandarte de la legalidad profanado por el soplo de la infamia, surgía de nuevo como emblema santo de las esperanzas del Pueblo Mexicano. Madero, al igual de Hidalgo, enseñó a ese pueblo a ser libre, y Carranza le ayudaba a serlo. La bondad